

# La porcá

Por: Antonio Pérez

En el Alanís de los años cincuenta del siglo anterior conocí un sistema de pastoreo de ganado que se llamaba “**la porcá**”, palabra que viene de puerco porque mayoritariamente eran estos animales los que se sacaban diariamente al campo. Esta costumbre es antiquísima, tanto en este pueblo como en otros que salpican la geografía nacional. En Alanís, sin irnos demasiado lejos en su historia, queda reflejada en un acta capitular<sup>(1)</sup> de 1905, donde en uno de sus puntos se dice: [...] *También se acuerda, previa discusión, se saque a subasta la guardería de la **porcada concejil**, en la forma acostumbrada, puesto que está desempeñada provisionalmente, y para cuyo fin se redactará por la comisión respectiva el oportuno pliego de condiciones, anunciándolo por edictos [...]*. Como vemos, a principios del siglo pasado, el oficio era mas serio de lo que en principio parece, pues era objeto de discusión en un Pleno del Ayuntamiento, tenía sus normas y además se subastaba para ejercerlo durante unos años.

El sistema era simple: en muchas casas del pueblo criaban un cerdo para que aprovechara los desperdicios orgánicos del hogar y ayudado por unos granos de cereal y por “**la porcá**”, se conseguía que en época de invierno se hiciera una succulenta y sabrosa matanza que contribuía a la subsistencia familiar durante casi todo el año, matanza que para cuando llegaba el verano ya estaban algunos productos rancios, pues no había frigoríficos y su conservación era con sal, pimentón o manteca.

El vecino que ganaba la subasta era el encargado de recoger por ciertas calles del pueblo los “cochinos”, como aquí decimos. Para avisar que pasaba, en las esquinas, tocaba una trompetilla curva similar a un pequeño cuerno, y así, los dueños de los animales sabían que venía **la porcá** y prestos abrían las puertas de la casa para que el cerdo saliera contento, rápido y meneando el rabillo, para ir al encuentro de sus amistades de comida, esparcimiento y amoríos, en el campo. Los llevaba generalmente a la cañada Real de Merinas y algunos otros terrenos públicos y caminos. Al atardecer volvían al pueblo y, aunque parezca extraño, cada cerdo sabía exactamente cual era su calle y su casa, y entraba en ella sin necesidad de dirigirlo u obligarlo, máxime cuando en algunas calles había chiquillos, que para distraerse y jugar, salían corriendo

---

1.- Archivo Municipal de Alanís (AMA): Legajo 17, pág. 26, acta 27-05-1905

tras él y lo cogían por el rabo. Este comportamiento animal tiene su explicación etológica, que no procede aquí, pero básicamente era debido a que en la casa le tenían preparado un recipiente con unos granos de trigo, cebada, habas, “pitos” o maíz y los desperdicios de todas las comidas, como restos de hortalizas y frutas, pan duro, etc. y en época de frío, algunas bellotas que el dueño recogía en caminos o incluso en las lindes de alguna finca privada (digámoslo todo), y los cerdos, que no eran ni son tontos, sabían perfectamente que aquello eran manjares comparados con la poca nutritiva hierba y raíces que por casualidad iban encontrando, pues al pastorear diariamente por los mismos sitios la manduca escaseaba. Ese delicioso platito, al atardecer, era el estímulo para que el cerdo agudizara memoria y buen comportamiento, a la hora de entrar en casa.

Al igual que los cerdos, también se sacaban a la **porcá**, cabras y ovejas, pues además de las particulares, las dos carnicerías que había en el pueblo, compraban una partida de estos animales y los iban sacrificando poco a poco, ya que la carne se consumía fresca, pues los frigoríficos todavía no habían invadido a los hogares.

En la foto adjunta, que dicho entre paréntesis, el fotógrafo si no era un artista si era visionario, pues en la escena nos dejó múltiples elementos etnográficos de la época, podemos ver, de fondo, a unos cerdos de la **porcá** y al porquero. También nos muestra el pavimento de la calle, que no es otro que el clásico empedrado. Al pasar la **porcá**, los animales iban dejando los excedentes de la digestión por las calles, al igual que cuando pasaban las cientos de caballería que en aquellos años había en el pueblo. La cosa no tenía mucha importancia, pues se estaba acostumbrado y además cada vecino tenía la costumbre de barrer diariamente su



trozo de calle y esos subproductos engrosaban “la estercolera” particular que cada casa tenía, pues al no haber agua corriente porque cada casa tenía su pozo o lo compartía con un vecino, no existían los cuartos de baño actuales, y todos

los residuos orgánicos se iban echando en ese lugar especial en el corral o en las cuadras. De tanto barrer el empedrado, éste se “descarnaba” y las piedras se levantaban, siendo el mantenimiento de estos pavimentos una tarea habitual del Ayuntamiento.

Quizás el último porquero fue Paco Diéguez Triviño, que yo recuerdo entrañablemente. Vivía en la calle Corredera, casado con Encarna, y que no respondía para nada al prototipo que se podía tener de la persona que ejercía este oficio. A mi me parecía afectuoso, educado y hasta cierto punto exquisito, pues en las tardes primaverales y estivales cuando, después de dejar **la porcá**, se dirigía al Casino de la Sociedad de Alanís, llamado por todos “casino de los señoritos”, del que fue socio durante muchos años, pasaba por delante de mi puerta y a pesar de que éramos unos críos nos daba las “buenas tardes”. Paco era alto y delgado, con un aspecto impoluto, afeitado y ,creo que, hasta perfumado, aunque le escaseaba el pelo casi rubio, llevaba raya en el lado izquierdo de la cabeza, que a mi se antojaba pequeña pero muy redonda. La dentadura ya era exigua. Vestía traje de color negro o de tono muy oscuro, con pantalón de vuelta y un pañuelo blanco en el bolsillo superior de la chaqueta. La camisa era blanca, blanquísima, a base de jabón casero de cáustica y de los buenos soleados que Encarna le daba, posiblemente en el regajo de los “colaeros” o en el corral sobre una aulagas, y en aquel cuello, con sus “ballenas” para mantenerlo rígido, algunos zurcidos y cosidos habituales de la época, pues se tenía solo una camisa para “salir” y una o dos para el trabajo. No llevaba corbata, pero sí el botón del cuello siempre abrochado. Sus zapatos eran de “material”, como así llamábamos a la piel, bien lustrados en negro y siempre los mismos, pues a un par de zapatos de aquellos, hechos a mano por algún profesional de la localidad, se le echaban medias suelas y unas tapas, y bien podían durar casi toda una vida.

En los años finales de la década, el precio por cabeza de animal y día, era de dos pesetas, y cuando había una buena cantidad, se sacaba el doble o triple del jornal diario de un obrero bracero. Con el despegue industrial de los años sesenta y la consiguiente prosperidad económica del país, cambiaron las formas de la agricultura y la ganadería, y nuevos hábitos de vida hicieron que las normas sanitarias y de higiene, tanto de las viviendas como de las vías públicas, se volvieran mas restrictivas, y por todo esto y algo más, **la porcá** se hizo inviable y, casi sin darnos cuenta, desapareció para siempre.

Antonio Pérez

<http://www.alanis-aperez.es>

[apr1234@gmail.com](mailto:apr1234@gmail.com)

